

Nacionalismo Vasco :: ::

y Regionalismo Hispano

Réplica nacionalista al discurso  
pronunciado por D. Juan Vázquez  
de Mella en Oviedo (según la  
edición de "El Correo Español,  
del 27 de Abril de 1916) : :

Imprenta (Famplina)

Imp. de D. Ángel, Mayor 22

1915



# Nacionalismo Vasco :: ::

## y Regionalismo Hispano

Réplica nacionalista al discurso  
pronunciado por D. Juan Vazquez  
de Mella en Oviedo (según la  
edición de "El Correo Español,"  
del 27 de Abril de 1916) : :



IRUÑA (Pamplona)

Imp. de S. Argain, Mayor 55

1916



Asmoa yakusagu, ta pekoz gayagozak.  
Vemos tu intención y estamos desconfiados.  
(PROVERBIO VASCO)

## A MODO DE PREAMBULO

Hace diez y nueve años—se han cumplido en Marzo pasado—que nuestro inolvidable Maestro Arana-Goiri *tar Sabin* (q. s. g. h.) publicó el folleto de polémica titulado «El Manifiesto carlista y los Fueros Vasko-Nabarros», estableciendo clara y decididamente la afirmación nacionalista vasca frente al nuevo regionalismo hispano que, entonces como ahora, pretendía sostener el carlismo, actualmente denominado jaimismo. La ocasión aquélla fué, por múltiples conceptos, memorable para la nación vasca y para las tendencias defensoras de esta nacionalidad. Puede decirse con toda exactitud que con la publicación de aquel folleto quedó fundado el Partido nacionalista vasco, porque merced á la expresada publicación fué conocida la idea nacionalista en todas las regiones de Euzkadi, y fueron muchos los vascos que desde aquel instante, con el gozo inefable de quien despierta de pesado letargo á una vida plena, activa, consciente, corrieron á agruparse bajo la bandera tremolada por el gran patriota bizkaino, cuyo nombre, en verdad, será recordado con amor y pronunciado con veneración mientras el vasco sea vasco.

Desde entonces acá, el Partido nacionalista vasco no ha cesado de influir, poco ó mucho, en la vida política y social de Euzkadi. Difamado al principio como una cuadrilla de *barregarris* tocados de locuras diversas—entre los cuales un *avisado* estadista español señalaba en documento oficial la megalomanía—perseguido después y tratado como si fuese una asociación de criminales, una agrupación de terroristas, el Partido nacionalista vasco ha luchado por vencer toda clase de obstáculos, y ha sabido disipar una gran



masa de prejuicios, levantar el espíritu del país, avivar el sentimiento nacional, fomentar y robustecer las características raciales, batallar con el degradante caciquismo, iniciar un vasto y profundo renacimiento social y político entre los vascos, ofrecer á todos los compatriotas de buena voluntad un ilimitado campo de actividad, una noble y propísima causa que defender, un ideal para la vida: la vida y salvación de la Patria.

Con la ayuda de Dios Nuestro Señor—para Quien todas las naciones viven—con la ayuda de Dios y el esfuerzo de los buenos patriotas, el Partido nacionalista vasco ha hecho todo eso, y lo sigue haciendo cada día, cada hora y cada minuto; porque habiendo puesto sus aspiraciones mucho más allá de lo que la vista de ningún hombre puede alcanzar, el Partido nacionalista vasco jamás se cree facultado para abandonar ni por un momento de descanso la firme y dura labor que tiene emprendida, ni para descuidar ni desatender uno solo de los aspectos que presenta la vida social y política de la nación vasca. Porque amamos á nuestro pueblo, á esta inmemorial nacionalidad que es seguramente la más antigua y mejor caracterizada de toda Europa, anterior y con mucho á la fundación de los más antiguos de los actuales Estados, los nacionalistas vascos nos inclinamos sobre la faz de nuestra Patria queriendo percibir sus signos de vida, los latidos más débiles de su corazón, con la misma solícita ansiedad con que el buen hijo, el hijo amante y piadoso, quiere percibir esos signos y esos latidos en su anciana madre á la que cruel enfermedad postró en el lecho del dolor.

El partido carlista, ahora jaimista, que durante ochenta años ha tenido en sus manos los destinos del País vasco (sin jamás haber pensadô siquiera en ninguna labor restauradora de esta nacionalidad), que durante los mismos ochenta años se ha creído, sin ningún fundamento, representante legítimo y único de las aspiraciones vascas y que aun ahora pretende ser el exclusivo restaurador de la tradición euzkadiana, no pudo dejar pasar en silencio la aparición de las ideas nacionalistas que Arana-Goiri tar Sabin predicaba en Bizkaya y que comenzaban á propagarse rápidamente por todas las regiones vascas de la Península. Alzó, pues, la voz el partido carlista, por medio de sus órganos oficiosos más autorizados, reivindicando para sí el derecho y el honor de representar íntegra y exclusivamente la causa del tradicionalismo político vasco, la causa del verdadero y auténtico «fuerismo», en una palabra, que decía el carlismo haber siempre profesado y defendido.

Pero salió Arana-Goiri-tar Sabin á rebatir la pretensión carlista, y las memorables páginas del folleto arriba citado dicen harto elocuentemente cómo supo el Nacionalismo vasco en este primer encuentro desbaratar completamente las tesis del adversario y recuperar para el vasquismo absoluto é integral posiciones que no ha de perder ya nunca.



Pasaron los años, y el Partido nacionalista vasco, creciente y cada vez más vigoroso, se entregaba ardorosamente á la labor de restaurar las características nacionales, apilando elementos y materiales para la reconstrucción de la vieja casa solariega de nuestra raza, que la generación nacionalista había encontrado arruinada por la desidia y las devastaciones de los siglos precedentes. Los patriotas vascos querían salvar, con un esfuerzo de voluntad, el letal intervalo de los siglos muertos, cerrar el largo paréntesis durante el cual nuestra nacionalidad había quedado como eclipsada y casi muerta, reanudar el hilo de nuestra historia nacional en el punto é instantáneo en que las inconcebibles divergencias entre los vascos, bien atizadas y fomentadas por el enemigo secular, habían llegado á romperlo. La labor, en pocas palabras, era (y es) de restauración de la nacionalidad vasca en todas sus características.

Mientras tanto, el partido carlista se mantenía en gran hostilidad respecto del Nacionalismo vasco, hostilidad que se manifestó en diversas ocasiones y bajo múltiples formas; pero sin volver á intentar un ataque como el que había dirigido, con tan escaso éxito, en 1897 á la doctrina nacionalista. Acaso le contuvo en tan prudente reserva el recuerdo de la primera aventura y del descalabro subsiguiente; acaso la propia decadencia del carlismo, tan rápida durante los últimos años en los que la indigencia de ideas de ese partido ha llegado verdaderamente á la desolación, le obligaba á tan desusada inactividad; acaso esperaba de su verbo y maestro, don Juan Vázquez de Mella, un golpe decisivo, asestado con mano firme y segur tajante, al Nacionalismo vasco en su propia raíz. Acaso las tres cosas á la vez, y es lo más probable.

Es el hecho que jamás como ahora en su discurso de Oviedo se ha visto al señor Vázquez de Mella combatir tan de frente, y con tanta decisión y brío, las ideas del Nacionalismo vasco. Evidentemente, el discurso oído por los asturianos iba dirigido á los vascos—que, en verdad, para la inmensa mayoría de los buenos astures que constituían aquel público, los nombres de *biskaitarras* y *napartarras* sonarían á cosa tan conocida como los ritos esotéricos del Thibet.

Y ciertamente, no es de extrañar que el titulado tradicionalismo español cuya cabeza visible es don Juan Vázquez de Mella, sienta vivamente y lamente con amargura la pérdida de las fuerzas vascas. Entre todos los pueblos peninsulares, solamente dos, Cataluña y Euzkadi, se manifiestan ardiendo en ansias de renacimiento y en deseos de acción, palpitantes de esperanza; el resto es una completa desolación bajo el califato de caciques y el mandarinato de sátrapas. Solo estos dos pueblos, el catalán y el vasco, pueden ser hoy «la levadura que haga fermentar toda la masa», según la mente de los regionalistas españoles. De los catalanes, en general muy avanzados y radicales en materia religiosa y social, poco ó nada puede esperar ese «bloque de las derechas espa-



ñolas», que se intenta constituir en Covadonga bajo la alta dirección de los señores Mella y Maura. De ahí que todo su empeño esté cifrado en ganar á ese proyecto—uno de tantos cambios de postura de un enfermo incurable—á los vascos, cuya cooperación estiman eficacísima. De ahí, por consiguiente, el empeño también en combatir al Nacionalismo vasco, con el intento de sustraerle toda la fuerza posible, ya que no sea hacedero su completo aniquilamiento.

Vano esfuerzo, porque aun suponiendo que consiguieran apartar á los vascos de su ideal nacional y llevárselos á esa nueva aventura—que no es más que la repetición de cien análogas anteriores, y nos parece, como ellas, condenada al más triste de los fracasos—los refuerzos así adquiridos serían un elemento inerte, un peso muerto que no podría galvanizar ni por un momento el ideal regionalista de las derechas españolas. Porque lo tenemos dicho ya muchas veces: no vivificamos nosotros al Nacionalismo, sino al contrario, es el Nacionalismo el que nos vivifica y exalta á nosotros. Lo mejor que hay en nosotros es el Nacionalismo; quitado él, ni somos nada ni vamos á parte ninguna. Es que el pueblo vasco es un tronco que tiene raíces propias, no ajenas: si se trata de incorporarlo, como un ingerto á otro tronco, el resultado inmediato será que el pueblo vasco quede rebajado, de la categoría de «persona moral» que es, á la ínfima categoría de las cosas materiales. (1) Nuestra independencia nacional fué destruída: so color de «progreso» y de «liberalismo», nuestra originaria independencia que sólo debíamos á Dios que nos la concedió y al bravío esfuerzo de nuestros mayores que la defendieron contra los latinos, germanos, francos y semitas ha sido aniquilada y se nos ha impuesto la ley de la fuerza. Sólo nos queda nuestra alma vasca, pero ésta no la entregamos: no es una arcilla que pueda modelar cualquier mandarín de la retórica.

## *I. El discurso de Oviedo*

Tenemos á la vista el número 8.392 de *El Correo Español* en el que aparece el repetido discurso de don Juan Vázquez de Mella. Los títulos y subtítulos que el órgano jaimista pone á la peroración de su próhombre distan mucho de lo demandado por la sobriedad y la modestia. Véanse algunas muestras:

---

(1) «La vida nacional se extingue en cuanto es inoculada á una vida extranjera: la nación muere, y queda borrada del catálogo de las naciones.»

(FICHTE).



*El grandioso acto de Oviedo.—Trascendental discurso de don Juan Vázquez de Mella —Admirable exposición de las doctrinas regionalistas.—Maravillosa síntesis histórica de España.—Emocionante interrupción de una señorita.—Hermoso llamamiento final.*

Esos estrepitosos trompetazos, esos incontinentes golpes de bombo podrán atontar y hasta entontecer más y más á los simples, cuyo número, en todas partes, es incontable; pero provocan en las personas serias una sonrisa cuya significación á nadie se oculta.

El discurso en sí mismo es también como para el gusto de los meridionales: campanudo, ampuloso, prosopopéyico, muy lejano de la sobriedad y del buen gusto clásicos. No creemos, con cierto pesimista mordaz, que la retórica sea el arte de disfrazar la verdad con la palabra: pero bien parece que la retórica del señor Mella es el arte de sustituir los argumentos por imágenes, por apóstrofes, por efusiones líricas, todo ello envuelto en una melopea verbal que trae á veces la reminiscencia del arte wagneriano.

## *II. Lo que no nos interesa*

Comencemos ya, con el permiso del lector, el exámen del cuerpo mismo del discurso del señor Mella. Este discurso consta de veintitrés párrafos, cada uno de los cuales lleva su título particular, puesto, al parecer, por los editores de *El Correo Español*, y no por el orador mismo: hagamos esta justicia al señor Mella.

Hay bastantes de estos párrafos que no tocan al Nacionalismo vasco absolutamente en nada. De éstos nada diremos, porque no es nuestro ánimo seguir al señor Mella á través de toda su oración, sino solamente recoger y contestar lo que en ella de alguna manera se refiera á nuestro pueblo ó á nuestra doctrina. Así el párrafo n.º 1, titulado «El programa mínimo religioso, regionalista y social, para Asturias», no nos llevará ningún comentario, por la razón muy sencilla de que no somos asturianos, sino vascos. Igualmente pasaremos en silencio el párrafo n.º 2, denominado «Recordando un hecho histórico», porque ese hecho histórico (cierta junta que se reunió en Asturias en el siglo XII) nada tiene que ver con nuestra Patria y doctrina.

## *III. No regionalistas, sino “nacionalistas,,*

Pero ya en el párrafo n.º 3 dice así:



## «REGIONALISMO SEPARATISTA Y REGIONALISMO ESENCIALMENTE ESPAÑOL

Os he formulado hace días la tesis capital del regionalismo.

Desarrollar ahora todo el programa sería cosa imposible é impropia de un discurso pronunciado como brindis de un banquete; pero si quiero recoger la afirmación capital del señor Pidal y decirlos que hay dos clases de regionalismo: ó, mejor dicho, dos doctrinas diferentes y contrarias que llevan á veces é impropriamente el mismo nombre, que solo á una corresponde: hay un regionalismo *separatista*, que no es el regionalismo, sino el nacionalismo, y hay un regionalismo *esencialmente español*, que es el que yo defiendo y propugno.

El regionalismo separatista lo defienden los bizkaitarras, en Vizcaya y Guipúzcoa; los napartarras, en Navarra, y, en cierta manera, aun cuando no diré que está en la intención de todos pero sí en las consecuencias de su programa, la *Lliga* de Cataluña.

Para sentar bien la diferencia, voy á examinar brevemente el regionalismo, desde el punto de vista del Estado y desde el de la nación.

Acerca de este párrafo debemos declarar que nosotros jamás hemos llamado «regionalismo» á nuestra doctrina, sino «Nacionalismo». Hay «regionalistas vascos», que creen y sostienen que el País Vasco es una «región»; que Euzkadi pertenece por naturaleza á la nación española; que la nación común del vasco, del castellano, del catalán, del andaluz y del gallego es España. Pero como nosotros sostenemos (y probamos) la tendencia radicalmente opuesta, hace perfectamente el señor Mella al despojarnos de ese mote de «regionalismo» (que somos los primeros en rechazar) y al darnos nuestro verdadero nombre de «nacionalistas vascos» con el cual nos gloriamos, pues él solo sintetiza todo el enunciado de nuestra doctrina en la cual nos movemos y vivificamos, y en la cual queremos también morir, con la ayuda de Dios. Sépase, pues, bien, y de una vez para siempre: todos los bizkainos, alabeses, nabarros, guipuzcoanos, zuberoanos y laburdinos sustentadores de la doctrina de la nación vasca, somos «nacionalistas vascos».

## ***IV. Embriogenia político-social, según el señor Mella***

El cuarto párrafo del discurso del señor Mella dice lo que sigue:

### «TEORÍA DE LA SOBERANÍA SOCIAL

Yo defiendo la teoría que he formulado y expuesto con el nombre de *soberanía social*, que nace y germina en la familia, y se desarrolla en la doble jerarquía ascendente de las *sociedades complementarias*, los Municipios, donde se agregan las familias para llenar las necesidades comunes, que, cada una no puede satisfacer por sí misma, y que hacen, por lo tanto, de aquellos una sociedad natural, y no una nueva creación legal del Estado, que se desarrolla en la comarca, y no diré la provincia, para evitar el sabor imperialista romano, y que llega á la región, como la entidad más alta de esta jerarquía ascendente: que se completa con otra de sociedades *derivativas*, también de la familia, como la escuela, la Universidad y ciertas corporaciones económicas»



Las clases marcadas por los fines y categorías, en que se reparte la actividad social, son como las zonas que atraviesan y enlazan esa doble jerarquía, las cuales existen siempre que poderes opresores no las aplastan y brotan de nuevo cuando la opresión pasa.

Esa soberanía social, no solo no es creación del Estado, sino que más bien es el Estado creación de la soberanía social, que le necesita como complemento. Y por ello viene después como soberanía política para dirigir el conjunto de las regiones y de las clases, como una consecuencia de esa doctrina.

He afirmado y sostenido siempre las libertades concejiles, las libertades comarcanas y las libertades regionales, y por eso creo que no le corresponden al Estado más atribuciones que estas que constituyen los predichos diferenciales de la soberanía política, y que son corolario de la dirección suprema, de la que es acción social común: la relación *religiosa, social y política con la Iglesia*; las relaciones *internacionales, diplomáticas y mercantiles*; las relaciones de *interdependencia entre las clases* y, por tanto, la facultad de resolver en justicia los conflictos entre las varias regiones y las distintas clases, y las contiendas entre las clases y regiones entre sí, cuando todas estas entidades no pueden resolverlas por sí mismas; el poder *coercitivo, preventivo y represivo*, para amparar el derecho de las personas, individuales y colectivas; la defensa interior y exterior de la sociedad y el territorio, con el ejército y la armada; los *medios de comunicación* que trascienden de los límites regionales, y los económicos necesarios para estas cosas. Fuera de esas atribuciones fundamentales, todas las demás corresponden plenamente a las regiones, clases y Municipios »

A primera vista, para un lector que lea someramente, para un oyente que escuche con tanto embeleso que no se defenga á sopesar la gravedad de los conceptos, este párrafo que acabamos de transcribir será la claridad misma, la verdad convertida en palabras, la perfección de lo concreto. Y con todo, en este párrafo está el punto más vulnerable de todo el discurso del señor Mella, la raíz de todo su error antinacionalista, la fuente de donde mana el falso concepto de nación que ese señor sustenta.

Fijese el lector en que el señor Mella, después de explicar la constitución de los municipios por el agregado de las familias, la constitución de la comarca (¿?) por el agregado de los municipios, y la constitución de la región por el agregado de comarcas,... se deja caer cándidamente, y cree cerrar su «jerarquía ascendente» diciendo con toda sencillez:

«Y por ello viene después (*el Estado*, ó, según la mente de Mella, *la nación*) como soberanía política para dirigir EL CONJUNTO DE LAS REGIONES y de las clases, como una consecuencia de esa doctrina.»

¡El conjunto de las regiones! ¿Cuántas y cuáles, señor Mella? ¿Cuál es el criterio para definir que tal región pertenece á la nacionalidad A y no á la B, que tal otra pertenece á la nacionalidad B y no á la A, que una tercera no pertenece ni á la nacionalidad A ni á la B, sino que ella misma es nacionalidad? ¡El señor Mella no lo dice! Y sin embargo, este punto es de capitalísima importancia. Como que de él depende que los Estados sean «nacionales» ó que sean... otra cosa.



¿No vé el señor Mella que la nación y la nacionalidad son lógicamente é históricamente «anteriores» al establecimiento de toda esa jerarquía, de toda esa organización ascendente? Claro es que lo vé el señor Mella, pero no lo quiere decir, porque esta confesión contradiría esencialmente á toda su teoría. Por eso se desliza á *toda prisa*, y pasa como por sobre ascuas por el punto este tan importante, tan transcendental, del ascenso del concepto de «región» al de «nación»; pero aquí estamos nosotros para obligarle á detenerse en este punto algo más de lo que él quisiera.

## V. *Nuestra doctrina acerca de la «nación»*

Las regiones unidas entre sí por los vínculos morales y sociales que establecen la *raza* (comunidad de remoto origen étnico, y de caracteres antropológicos transmisibles por herencia), el *idioma* propio, el carácter, las costumbres, la semejanza de instituciones primordiales y el sentimiento de comunidad de destinos, forman una sola *nación*, distinta de la que forman entre sí las regiones que no tengan con aquéllas estos vínculos. (1) Todas las naciones deben ser *libres*, dueñas, por tanto, de constituirse en uno ó varios Estados *independientes* ó en una Federación de Estados interdependientes, pero *independiente* esta Federación respecto de otros Estados. La nación es, pues, anterior y superior, en el orden de las ideas y en el de los hechos, al Estado, porque éste no es más que la organización político-social cuyo sujeto es aquélla. Se sigue de aquí que, lejos de *deformarse* la nación para que se adapte al Estado, es éste quien debe acomodarse al modo de ser de la nación, como se adapta un vestido al cuerpo que lo lleva. De aquí también el error y el grave daño que se siguen de someter las naciones á Estados extra-nacionales, que no pueden dejar de ser por esto mismo antinacionales, porque tales Estados no aciertan jamás á cumplir, respecto de aquellas naciones los fines propios de un Estado nacional. Este error y este daño son fuentes inagotables de colisiones, de luchas, de revoluciones y de guerras.

---

(1) Suele oponerse á esta definición el caso de Suiza; pero este caso no es probatorio de nada, ni contradice esta teoría, como veremos al tratar de «El principio regionalista y la nación.»



## VI. ¿Qué es la «nación», según Mella?

Bajo una aparente sencillez, el señor Mella ha dejado (probablemente de intento) muy confusa esta especie de embriogenia política que nos describe en el párrafo que ahora analizamos. La confusión es probablemente voluntaria por las razones que ya hemos apuntado, es decir, porque el señor Mella huye á todo trance (él se sabrá por qué) <sup>(1)</sup> de establecer el fundamento étnico ó racial de la nación. Pero como no se juega en balde con la verdad, veremos dentro de muy poco una consecuencia inesperada que se desprende de las erróneas premisas del señor Mella.

Volvamos ahora al famoso «conjunto de regiones».

Según se puede entender de la teoría del señor Mella, el «conjunto de regiones» (que no se sabe cuáles son, ni cuál es el lazo que á estos fines de organización política las une) llega á crear y á constituir el Estado como organismo de la soberanía política y de la dirección suprema. Está bien: vemos ese «conjunto (*completamente arbitrario*) de regiones» y vemos también «el Estado» creado ó constituido por ellas; pero no vemos «la nación». ¿Qué grado ocupa «la nación» en esta escala embriogénica ascendente? ¡No nos lo ha dicho el señor Mella! Por una parte, *parece* (véase el siguiente párrafo del discurso del señor Mella, titulado «El principio regionalista y la nación») que, para el orador tradicionalista, «la nación» es aquel «conjunto de regiones»; pero si este «conjunto» es arbitrario (como lo es ciertamente en la teoría del señor Mella) no menos arbitrario será el concepto de «nación» que de él se derive. Pero por otra parte, *parece* también <sup>(2)</sup> (véase el párrafo «La nación y el error nacionalista» del mismo discurso) que, para el señor Mella, el Estado, una vez constituido (aunque como efecto), obra luego como causa sobre el consabido «conjunto», y vá así formando poco á poco la «nación»: es decir, pues, que la nación es obra del Estado, ó sea que la nación es el Estado mismo. Grosero error, mil veces rebatido, en el que incurren, sin poderlo evitar, los partidarios del criterio histórico «exclusivo» como el señor Mella.

## VII. Entre Bakounine y Bismarck

Volvamos, lector, al famoso «conjunto de regiones» para ver la

---

(1) El se lo sabe, y nosotros también.

(2) Con el género de oratoria difusa que emplea el señor Mella (género totalmente extracientífico y opuesto al que debería practicarse en una exposición doctrinal) para explicar sus teorías, no hay más remedio que proceder por este método de *aproximaciones sucesivas*; porque es completamente imposible dar con el pensamiento concreto, definido, claro de ese orador. ¡Es la «ventaja» de las melopeas wagnerianas, lector!



divertida jugarreta que el sentido común hace al señor Mella. Dijimos ya que no se omite impunemente la verdad conocida.

Nosotros los nacionalistas vascos admitimos ciertamente que la nación es un conjunto de regiones, pero hemos tenido buen cuidado en advertir que este conjunto ha de ser, nó uno cualquiera, sino el determinado por los vínculos morales y sociales que establecen la *raza*, el *idioma* propio, el carácter, las costumbres, la semejanza de instituciones primordiales y el sentimiento de comunidad de destinos. (1) Esta es la firme base que nosotros, nacionalistas vascos, tomamos como fundamento del concepto de «nación», como vínculo de las regiones del «conjunto», de manera que este «conjunto» no tenga nada de arbitrario.

Si esta base es rechazada, no quedan ya más que otras dos determinantes del «conjunto de regiones»: la libre elección,... ó la fuerza. ¿Cuál de estas dos soluciones adopta el señor Mella?

Si la *libre elección*, le diremos que las regiones que se unieron libremente para constituir el Estado, sin otro lazo de unión que su libérrima voluntad, libremente también podrán separarse de él, y tenemos ya el *separatismo regionalista* perfectamente legal. Si los municipios se unieron libremente para formar la región, sin otro lazo de unión que su libérrima voluntad, libremente también podrán separarse de ella, y tenemos ya el *separatismo municipal*, perfectamente legal. Si las familias se reunieron libremente para formar el municipio, sin otro lazo de unión que su libérrima voluntad, libremente también podrán separarse de él, y tenemos finalmente el *separatismo familiar*, perfectamente legal. Y gracias sean dadas á Dios por que el señor Mella ha tomado la familia como célula social (2), que si nó, llegamos derechamente al individualismo absoluto de un Bakounine ó de un Ibsen. (3)

---

(1) Es claro que este «sentimiento de comunidad de destinos» (que existe en todas las nacionalidades conscientes, de tal manera fuerte que si hay en ellas fragmentos separados, tienden con ansia á reunirse para compartir la suerte común, buena ó mala ó pésima) es un derivado racial, que jamás se sustituye equivalentemente por razones geográficas, económicas ni aun políticas. Es la fuerza de la sangre, que une á los afines y separa á los extraños. Es uno de los «caracteres místicos de la Patria», de los que habló en alguna ocasión el gran Brunetière. (Véase «L'idée de Patrie», en «Discours de Combat», primera serie).

(2) Es verdad que no podía hacer otra cosa, si había de permanecer en la ortodoxia católica. Y añadamos: «dentro del sentido común y aún de las deducciones de las ciencias naturales.»

(3) Oímos la respuesta de algunos:  
En la unión de los conjuntos, independientemente de toda consideración étnica ó racial, se puede encontrar en la necesidad de protegerse mutuamente contra las agresiones de los conjuntos vecinos, en las conveniencias económicas en la comunidad de intereses materiales, etc., etc. — Replicamos á estos que confunden la Patria con una sociedad de seguros mutuos ó con una firma comercial. Esas ventajas, y aun otras que respecto de estas son *transcendentes*, son *producto* de la organización político-social de la Patria; pero de ninguna manera se pueden considerar como determinantes de la Patria misma.



Y de la «fuerza material» como constitutiva del «conjunto de regiones» no queremos hablar, porque somos racionales y cristianos; y de consiguiente jamás admitimos que la fuerza crea el derecho. Quédese ello para los imperialistas, con su Bismarck á la cabeza.

### ***VIII. Caracteres nacionales, según Mella: se vuelven contra su misma teoría***

El párrafo quinto del discurso del señor Mella se titula «El principio regionalista y la nación», y está desarrollado en los siguientes términos:

#### **«EL PRINCIPIO REGIONALISTA Y LA NACIÓN**

Observad ahora el principio regionalista desde el punto de vista de la nación: España, ¿es una colección de naciones, congregadas por un Estado ó una federación de regiones que han participado de una vida común y colectiva á lo largo de la historia, y que han formado una unidad superior nacional, que con sus caracteres las sella y las enlaza? Ved aquí las tesis opuestas: para los bizkaitarras y napartarras y la *Lliga*, España, es un conjunto de naciones enlazadas por un Estado, que no tiene mas que una soberanía política común sobre ellas. Para mí, España es una congregación de regiones, que tienen personalidad histórica y jurídica distinta, pero que no son todas completas, ni unidades históricas, ni substancias independientes, sino que han juntado una parte de su vida y con ella han formado esa entidad superior, obra de ellas y que obra sobre ellas, que se llama España.

Lo que constituye una nación es lo que suele llamarse, en un sentido metafórico, alma nacional, espíritu nacional; y el espíritu nacional está constituido por un fondo común de creencias, de sentimientos, de aspiraciones y tradiciones fundamentales. No hay una nación, lo he dicho muchas veces y lo quiero repetir, porque considero gráfica la frase para expresar la idea: no hay nación alguna, digo, que brote de una sola fuente; todas proceden de fuentes diversas. Cuando el territorio, el clima, la raza, las conquistas y reconquistas, las influencias de los pueblos extraños, las vicisitudes de una larga historia, llegan á amasar un todo social, la resultante común de tantos factores, abrazados por una creencia que los penetra y enlaza, adquiere caracteres psicológicos, más aún, caracteres étnicos y geográficos, que la distinguen de los demás, y la nación está formada.»

En este párrafo el señor Mella trata de llenar el vacío que observábamos en el anterior, donde hacíamos ya notar que en aquella escala embriogénica ascendente faltaba el concepto de «nación». Según parece, el señor Mella en el curso de su peroración se ha dado cuenta de ese vacío y quiere ahora llenarlo con una serie de definiciones que ó no significan nada, ó vienen á confirmar nuestra teoría nacionalista en lugar de fortalecer la suya regionalista, como sería seguramente su propósito. Repase, en efecto, el lector la segunda mitad del párrafo que acabamos de transcribir, segunda mitad que comienza con las palabras «Lo que



constituye una nación...» y termina con «..... y la nación está formada». Según vemos en esa segunda mitad, los caracteres de la nación, según el señor Mella, son: 1.<sup>o</sup> La comunidad de *creencias*; 2.<sup>o</sup> de *sentimientos*; 3.<sup>o</sup> de *aspiraciones*; 4.<sup>o</sup> de *tradiciones fundamentales*.

Fondo común de «creencias»! Pero, ¿qué clase de «creencias»? Con este nombre se entienden *casi siempre* las creencias religiosas y en el caso presente no parece que pueda entenderse otra cosa, puesto que hay otro carácter, enunciado por el señor Mella como distinto de éste, que es el de «tradiciones fundamentales». Pero es falso, completamente falso que las creencias religiosas constituyan un carácter de nacionalidad. Por su misma naturaleza, las creencias religiosas son *distintas y trascendentes* con relación á la nacionalidad: ni quitan ni ponen nacionalidad, ni es ese su objeto. Desde que Nuestro Señor Jesucristo estableció terminantemente la distinción de los dos poderes (espiritual y temporal) (1), la comunidad de creencias no determina ya comunidad de organización política (2), cuánto menos de nacionalidad. El Catolicismo no ha venido á destruir las nacionalidades, más que en la mente de ciertos imperialistas que quieren servirse de la Religión verdadera como medio de engrandecimiento de su Patria, á costa de las Patrias ajenas, sin pararse á veces en escrúpulos de ningún género para conseguirlo. (3)

¡Comunidad de «aspiraciones y sentimientos»!..... Sí; pero de «aspiraciones y sentimientos» raciales. El sentimiento de comunidad de origen étnico, por el cual todos los vascos se sienten *hermanos* entre sí, y no se sienten más hermanos del andaluz, del extremeño, del catalán ó del gallego, que del belga, del finlandés ó del turco. Sentimiento, también, de comunidad de destinos,

---

(1) «Reddite ergo quae sunt Caesaris, Caesaris: et quae sunt Dei, Deo. (MATTH. XXII, 21).

(2) Si acaso, entre los musulmanes; pero, de hecho, ni aun entre estos.

(3) ¡Cuántas veces se ha explotado la sencilla fé religiosa de los naturales de una pobre nación para apartarlos del ordenado amor que deben á su nacionalidad, y para forzarlos á aceptar la extranjera y á aceptar la opresión y la muerte de la nacionalidad propia como un caso de conciencia! Ya en el siglo XII, el rey de Inglaterra Enrique II obtuvo, por fraude, del Papa Adriano IV una bula que le autorizaba para apoderarse de Irlanda. Cuatro siglos más tarde, en el XVI, el rey Fernando V el Falsario (llamado «el Católico» por los españoles) se valió de otro fraude para atribuir al Papa Julio II la bula *Exigit* que aquel monarca utilizó para forzar las conciencias de los nabarros contra su Patria natural, y apoderarse de la corona de este Reino vasco. En nuestros mismos días, ¿qué labores no se han intentado cerca de la Santa Sede para estorbar el movimiento renacentista de las nacionalidades, entre ellas el de nuestra nacionalidad vasca? ¿Qué medios no se han puesto en obra para apartar á nuestro pobre pueblo del ordenado amor á su nacionalidad renaciente, tachando hasta de «herético» el movimiento restaurador de esta nacionalidad? ¿Qué atropellos no se han intentado? ¿Cuántas conciencias no se han perturbado? ¿Qué calumnias no se han levantado?—Materia es esta para un libro, y no para una simple nota. Ese libro vendrá cuando sea llegada su ocasión.



del cual hemos hablado ya, tan arraigado en el alma de nuestras clases populares que ha dado origen á leyendas, consejas y «profecías», que son la expresión de esa especie de fé mística que profesa la nacionalidad (1). En cuanto á afectos, aficiones y atracciones, la verdad es que á nosotros los vascos jamás nos ha atraído el Mediodía ni el Mediterráneo con sus ribereños más ó menos melanizados. Nuestras afinidades, nuestras aficiones han estado siempre hacia el Norte, donde hemos fraternizado desde antiguo con escoceses y escandinavos, con bretones é ingleses.

¡«Tradiciones fundamentales»!... ¿Y cuáles más fundamentales, más hondas que la raza y el idioma propio? La raza, «conjunto de caracteres físicos y morales, *transmisibles por herencia*, que distinguen á los diferentes grupos humanos», no es más que pura tradición, y tradición fundamental. Lo mismo puede decirse del idioma, que es algo más que un signo étnico exterior. Y por la raza y por el idioma, nosotros los vascos tenemos una personalidad nacional «inconfundible», según atestiguan de consuno la Antropología, la Lingüística y el común sentir de las gentes no interesadas en confundirnos. Ninguna de estas dos *tradiciones fundamentales* nos es común con ninguno de los demás pueblos peninsulares: (2) ni con los semitas de Andalucía y de Levante, ni con los celtiberos (¿?) del Centro, ni con los suavos y alanos del Noroeste; ni con ningún otro pueblo europeo. Y de consiguiente, señor Mella, reivindicamos el derecho á seguir no pareciéndonos más que á nosotros mismos. Sobre nuestro nombre, verdaderamente nacional de VASCOS, no necesitamos ningún otro geográfico ni político. Con ese nombre éramos ya conocidos cuando aun no había España, ni Francia, ni Inglaterra, ni Rusia: con ese nombre nos conoce hoy todo el mundo, y nos estima más con ese nombre que con cualquier otro. (3)

Suiza no es un ejemplo en contra de nuestra teoría nacionalista, porque Suiza no es una nación, más que para quienes tengan interés en seguir confundiendo los conceptos de «nación» y «Estado». Suiza es una Confederación de dos (ó si se quiere, tres) distintas nacionalidades que por razones históricas especialísimas convinieron en convivir bajo esa forma de libre Confederación que

---

(1) En todas las nacionalidades vigorosamente caracterizadas se observa el mismo fenómeno. Un ejemplo de él son las «profecías» escocesas atribuidas á Tomás Rymour de Ercildoun (siglo XIII). Entre nosotros los vascos, además de las leyendas aitorecas (que no fueron pura imaginación de Chaho), existen las modernas «profecías» de Mendata, inspiradas por el mismo espíritu.

(2) Es de toda justicia advertir sin embargo, que los *riojanos* y una parte de los *alto-aragoneses* (aunque no llevan en la actualidad el nombre de tales) son originariamente vascos, como lo prueba suficientemente la copiosa Toponimia vasca de sus comarcas.

(3) Experiencia al alcance de cualquiera que pueda observar el concepto que las diversas gentes merecen en América, en Filipinas, en Inglaterra, etc.



aún conservan... Como esa Confederación no vá contra ninguna de las nacionalidades que la constituyen, de ahí que el hecho de esa Confederación tampoco esté en contradicción con los principios del Nacionalismo (1).

### *IX. Geografía y clima, factores de nacionalidad, según Mella*

Es también falso y contrario á los hechos que el territorio ó su unidad geográfica (2) definan nacionalidad. Tenemos mil casos actuales, visibles, palpables de lo contrario. Tenemos varios casos de muy distintas nacionalidades que conviven, sin confusión, en territorio que geográficamente es *uno*: tales son Portugal, nacionalidad distinta de España y que geográficamente no está separada de ella; Suecia y Noruega, nacionalidades completamente distintas (en todo), que conviven en una misma península, la escandinava (3); en la Gran Bretaña tenemos más, tenemos tres nacionalidades (inglesa, escocesa, galesa) que se hallan en una misma isla; geográficamente, Dinamarca y los Países Bajos no están separados de Alemania, pero nadie negará la existencia de las nacionalidades danesa y neerlandesa como distintas de la germana; tampoco separa la geografía á Polonia de Rusia, pero sí separa evidentemente á ambos países la nacionalidad. Y aun podríamos citar docenas de casos análogos, solo en Europa.

---

(1) Que Suiza no es una nación se prueba observando que su mismo nombre no es, por lo menos originaria y estrictamente, un nombre nacional. Es el nombre de uno de los tres cantones (Schwitz, Uri, Unterwalden) que formaron la primitiva Confederación, á la cual se fueron agregando más tarde otros cantones y ciertas ciudades libres ó del Imperio germánico. Se convino luego en extender á toda la Confederación así formada el nombre de uno de los cantones de la primitiva. Acaso *Helvetia* era nombre nacional; pero esta antigua nacionalidad (cuyo territorio no coincide exactamente con el de la Suiza actual) solo sobrevive en la Poesía.

(2) Unidad geográfica—rogamos al lector que no pierda de vista el valor puramente *relativo* de esta denominación—será, por ejemplo, una *isla* (Gran Bretaña, Sicilia, Irlanda, Islandia) que está físicamente definida por los mares que la rodean; una *península* (ejemplos la llamada *ibérica*, la italiana, la escandinava, la báltica), definida también físicamente, por los mares que la circundan y por el istmo ó brazo de tierra, más ó menos ancho, que la une al continente. Y en las tierras propiamente continentales, unidad geográfica podrá ser territorio separado de los demás por notables accidentes de terreno (ríos caudalosos, altas cordilleras); por ejemplo, Bohemia que físicamente es un gran cuadrilátero de la Europa central, determinado por las cordilleras Boemerwald, Erzgebirge, Riesengebirge y los Kárpáthos.

(3) Precisamente el caso de Suecia y Noruega es un ejemplo muy típico del valor nulo de la unidad geográfica, no solo, para fundir dos nacionalidades en una sola, sino aun para constituir, por el mero hecho de esa cacareada unidad geográfica, un solo Estado integrado por nacionalidades tan divergentes y refractarias. Hay algo (y aun algos) sobre la Geografía física.



Y tenemos asimismo otra categoría de hechos, también en contra de la afirmación del señor Mella: ejemplos de nacionalidades distribuídas en territorios que no pertenecen á la misma unidad. Vayan como caso los *rumanos*, situados en ambas vertientes de la cordillera transilvánica; los *helenos*, situados en el continente europeo, en las islas egeas y en el Asia Menor; los *italianos*, que habitan su península y tres islas próximas; los *vascos*, finalmente, repartidos en ambas vertientes del Pirineo occidental, unos, geográficamente, *peninsulares*, y otros, también geográficamente, *continentales* (1).

Es un triste espectáculo, por otra parte, el que ofrece un hombre de talento agarrándose desesperadamente á las cosas más inconsistentes por volver deliberadamente las espaldas á la verdad; tal es la reflexión que se presenta al espíritu al oír al señor Mella hablar del *clima* como factor de nacionalidad. Pequeño es en extensión el País Vasco, y dentro de él aún es menor el País euzkeldun; pero dentro de este pequeño país, que no llega á diez mil kilómetros cuadrados, tenemos desde el clima en que fructifica el naranjo hasta el de las nieves casi perpétuas. ¿Qué influencia creará el señor Mella que tiene el clima, y más aún, el *medio físico* sobre la nacionalidad? Gustavo Le Bon le dirá, por nosotros, que *ninguna*; y le añadirá que de las tres influencias á que está sometido el individuo—á saber: influencia de los antepasados, de los padres inmediatos, del medio—la más vigorosa es la primera, y la más débil la última (2).

Después del «territorio» y del «clima» como factores de nacionalidad enuncia la «raza» el señor Mella, en el cual factor estamos completamente de acuerdo con el orador tradicionalista, para desgracia de la tesis por él sustentada. Este de la «raza» sí que es un verdadero factor de nacionalidad que entra por derecho propio en

---

(1) Acerca de los *vascos* que viven entre el Bidasoa y el Adur, en el territorio llamado oficialmente *Basses-Pyrénées*, se nos ocurre dirigir al señor Mella, una pregunta: Esos vascos (que son exactamente tan vascos como nosotros, ó si se quiere, en cierto modo más vascos que nosotros, puesto que no han perdido en extensión apreciable su lengua), esos vascos ¿son de *nación francesa*, ó no lo son?—Si sí, ¿cómo se explica en la teoría del señor Mella que dos fragmentos *de un mismo pueblo* pertenezcan á tan *distintas* naciones? Porque es el caso que esa comunidad de *creencias*, de *sentimientos*, de *tradiciones fundamentales*, de que hablaba el señor Mella, la tenemos nosotros con esos vascos de allá del Bidasoa. Y si esos vascos no pertenecen á la nación francesa, ¿cual es su *nación*? La misma que la nuestra evidentemente. Pero, ¿cual es la *nación* de ellos y la nuestra?—Esperamos la respuesta del señor Mella. Esperémosla sentados, lector.

(2) ¿Qué otra cosa es nuestro movimiento nacionalista (siempre dejando á salvo el libre albedrío humano) que la respuesta á la voz de nuestros remotos mayores que grita en nosotros, incitándonos á que defendamos á nuestra vez, en las luchas políticas de nuestros días, el patrimonio nacional que ellos bravamente guardaron? Esta voz no es la de nuestros padres inmediatos—de las generaciones de estos últimos siglos de vilipendio—sino de aquellos remotos ascendientes nuestros que lucharon contra los latinos, los godos y los francos, de los de Orreaga y Padura, de Noain y de Amayur, valientes y gloriosos patriarcas de la nación vasca.



la categoría de aquellas «tradiciones fundamentales» que con sus derivados de comunidad de «aspiraciones y sentimientos» se ha visto obligado á admitir el diputado gallego por Iruña y aplaudido orador parlamentario. Como hemos hablado ya de este punto en los párrafos V y VIII de esta réplica, nos creemos dispensados de insistir de nuevo.

## X. *Conquistas y reconquistas: vicisitudes históricas*

Sigue enunciando el señor Mella los factores que, á su juicio, llegan á constituir la nación, y después de hablar de «territorio», de «clima» y de «raza» (tres factores distintos, y uno solo verdadero), llega la vez, poco fausta, de las «conquistas y reconquistas», de «las influencias de los pueblos extraños» y de «las vicisitudes de una larga historia». Y en esto, como en casi todo lo anterior, es tan poco afortunado el señor Mella que las armas con las que pretende desbaratar la nacionalidad vasca se vuelven contra él, y sirven para fortalecer más y más la afirmación de nuestra nacionalidad. Probémoslo.

«Conquistas y reconquistas»..... Bien sabe todo el mundo que, en efecto, España es la tierra europea que más invasiones, conquistas y reconquistas ha sufrido. Mil y una razas la han poseído, simultánea ó sucesivamente, en paz y amigable consorcio ó en desafortada guerra. Semitas y griegos, celtas y romanos, germanos y árabes <sup>(1)</sup> han poseído total ó parcialmente á España, desde los primeros tiempos de la historia casi hasta nuestros días: todas esas razas han dejado su factor étnico para la formación del actual pueblo español: algunas de ellas, como la raza semítica, han dejado un contingente étnico copiosísimo, visible hoy en todas partes <sup>(2)</sup>. Pero los vascos hemos defendido con éxito nuestra raza y nacionalidad contra todos esos invasores. Muy pronto y sin ayuda de nadie libertamos la pequeña banda de nuestra Patria que había sufrido la efímera ocupación agarena. Cuando todos los hispano-romanos aceptaban sin ninguna protesta la dominación gótica, nuestros mayores los vascones defendían valientemente, contra todos los monarcas toledanos, la independencia de nuestra Patria, y la obligada frase *domuit vascones* que aparece en las crónicas de todos esos reyes, prueba suficientemente, por sí sola, con su misma insistencia, que ninguno de ellos consiguió someter

---

(1) Convenimos en designar con el nombre de «árabes» á todos los invasores sarracenos. En realidad eran árabes, berberiscos, sirios, persas, indios y toda clase de gentes.

(2) En las explosiones de 1492 y de 1609 marcharon los semitas altivos, en muy pequeño número. Quedó la vil masa de los degenerados, de los acomodables.



á las valerosas tribus vascas, y que nuestra nación supo guardar heroicamente su altiva independencia.

No se nos hable á nosotros, por consiguiente, de «conquistas y reconquistas»: estos sucesos históricos constituirán acaso un lazo de unión entre los demás pueblos peninsulares; pero nada nos dicen á los vascos.

Cierto que hemos guerreado durante la Edad Media contra la morisma en las Castillas y en Andalucía; pero no por libertar á nuestra Patria que era libre, sino por celo religioso, por amor á la Cruz. Conexamente defendíamos la causa de los meridionales, que nos han pagado «bien» esa defensa: recordemos á Fernando V el Falsario, al duque de Alba, el año 1512 y el 1839. Estos recuerdos no se borran con elocuentes frases ni con graciosas imágenes.

Tambien el polaco y el moscovita pelearon juntos por defender la civilización cristiana contra las invasiones mongólicas; pero con todo eso, el polaco ni es ni quiere ser moscovita, á pesar del parentesco racial entre esos dos pueblos, parentesco que no existe entre los vascos y los españoles.

Y solamente la ignorancia ó el desparpajo yabana pueden excusar de la osadía de venir, á hablarnos, especialmente á nosotros los nabarros, de las «vicisitudes de una larga historia» cuando esa historia larga contiene sucesos como los de 1512, por los que nuestra Patria, víctima del «amaño y del furto», quedó desgarrada, anticipándose en un cristiano y libre Reino del Pirineo vasco la misma suerte infeliz que dos siglos más tarde cupo á Polonia, víctima de Federico II el prusiano. ¡Y todos compadecen á Polonia, y nadie se acuerda de Nabarra, nadie más que los nacionalistas vascos!

## *XI. La Hidráulica y el regionalismo*

El señor Mella, con objeto de rebatir á su modo las doctrinas del Nacionalismo vasco (cuyos fundamentos están muy á salvo de la débil crítica de ese orador), á falta de sólidos argumentos que por ninguna parte consigue asir, se vale de imágenes y figuras por él amañadas con esa habilidad tan brillante como superficial, que forma parte muy importante del arte del orador. Claro es que una imagen, por peregrina que sea, jamás equivale al menos válido de los argumentos; pero ante un público bonachón, favorablemente prevenido y poco analista, la profusión de las imágenes sirve bien para disimular la desolada inanidad de las razones, la erupción, á plenos borbotones, de floridísimas frases cubre piadosamente la falta de ideas sustanciales y de meollo. Pero casi siempre acontece que la imagen previamente amañada para un objeto dado es susceptible de ser retorcida y aplicada, con la misma legitimidad, al objeto que se opone diametralmente al propuesto.



Y esto es lo que ocurre al señor Mella cuando trata de impugnar nuestras ideas de Nacionalismo vasco con imágenes y ejemplos tomados de la Hidráulica, de la Zoología, de la Topografía y de otras varias ciencias y artes.

Dice, en efecto, así el orador gallego en el sexto párrafo de su discurso:

#### «LA NACIÓN Y EL ERROR NACIONALISTA

El espíritu nacional que anima ese todo, y lo mismo sucede con el regional, que nadie niega, no es, como el espíritu y el alma individual subsistente; es un efecto común, pero que una vez producido, obra como causa y acciona sobre las que le dieron el ser, y por eso decía, en frase que considero gráfica, que los factores que obran primero sobre la región, producen después la nación, que es semejante a un río formado por afluentes: los afluentes son las regiones; el río es la nación; el río no puede existir sin afluentes, y los afluentes pueden existir sin el río; pero para que no se formase el río, sería necesario variar la dirección de los afluentes, y hacer que se dispersasen y perdiesen en pantanos y arenales; por eso yo afirmo, con aquella dirección histórica que no marcó el capricho, sino la necesidad, y que ha obligado a converger y a juntarse en el río nacional, que el error separatista tiene su origen en una falta de lógica, en una violación del método, el procedimiento que sacan usar los separatistas y el que los lleva a conclusiones absurdas; porque una observación exclusiva, el análisis excesivo de un objeto, son causas de error, porque mutilan la verdad, que es la realidad completa; así, si estudiamos una molécula separada de todas las demás, en vez de afirmar es una abstracción, porque la realidad fuera de nosotros no se da aislada ni separada, sino unida por una trama de relaciones, a todas las demás.»

No es difícil observar que desde el punto de vista lógico, la imagen que nos propone ahí el señor Mella (el gran río que es la nación, formado por diversos afluentes que son las regiones, una de las cuales «supone» el orador que es el País Vasco), no vale absolutamente nada. Eso que el señor Mella dá por *supuesto*—es á saber, que el País Vasco lejos de ser nación de por sí, es región ó parte integrante de otra nación—eso mismo es lo que *debe demostrar* el señor Mella. De suerte que, en resumen de cuentas, el señor Mella, al apoyarse en aquello mismo que se propone demostrar, incurre en el vulgarísimo vicio lógico que se llama, en las escuelas, *petición de principio* (1).

Pero ya que el señor Mella pide á la Hidráulica una imagen en pro de las teorías antivascas que el orador gallego ha sustentado

---

(1) Otra objeción contra esta imagen del río y sus afluentes, desde otro punto de vista. Claro es, que en el orden de las ideas y en el de los hechos, los afluentes son «anteriores» al río. Pero, ¿quién le ha asegurado al señor Mella que, en los mismos ordenes de ideas y de hechos, las regiones son «anteriores» á la nación? Más de un caso habrá en que, muy lejos de ser así, las regiones sean «modalidades» ó «diferenciaciones» de la nación, y en tal concepto, «posteriores» á ella. Y en este caso, la imagen del tronco con sus ramificaciones es mucho más apropiada que la del río y sus afluentes. Ahora bien; insistimos é insistiremos en decir (con pruebas) que el País Vasco no es afluente de río alguno ni ramificación de ningún tronco.



ante su auditorio astur, nosotros recurrimos con no menor derecho al mismo orden de conocimientos para afirmar nuestras doctrinas, y esta generosa ciencia de la Hidráulica, que es perfectamente neutral en la contienda y lo mismo se presta á servir á los vascos indoctos y taciturnos que á los cultos maestros de la elocuencia española, nos ha proporcionado para nuestros fines el curioso símil que verá el lector.

Al lado del gran río, aunque en distinto álveo, un riachuelo pequeño, modesto, pero con personalidad propia (si se nos permite esta expresión) caminaba tranquilamente, de nadie envidioso, siguiendo sus líneas de máxima pendiente, dejando oír, al deslizarse por su angosto cauce, un murmullo tan antiguo como los más viejos siglos. Sus aguas, aunque pocas en caudal, eran clarísimas, cristalinas y saludables, y nada tenían que envidiar al gran cauce, de aguas turbulentas y cenagosas, del río vecino. Muchos siglos antes de que Musset lo dijera en elegantes versos, el alma de nuestro modesto riachuelo (ya hemos convenido todos, en la Poética, en que los arroyuelos, los bosquecillos, etc., etc., tienen «alma») sabía ya que la altivez y el bienestar consisten en correr por el propio cauce, aunque éste sea estrecho (1). Alguien abrió sigilosamente un canal de derivación, y las puras aguas del pequeño riachuelo, apresadas en flagrante delito de LIBERTAD, de PERSONALIDAD, de INDEPENDENCIA (que son los únicos delitos que verdaderamente execra nuestra época de «liberalismo», de insoportables «progresistadas», de bajunos sátrapas y lacayos endiosados), se vieron forzadas á engrosar el cauce del gran río, en el cual se perdieron. Y el alma del pobre riachuelo secuestrado gritaba y protestaba, pugnando por su personalidad, por resistir al flujo y reflujo de aguas turbulentas que la sigilosa comunicación había traído á su antes tranquilo y límpido cauce; pero todas las ranas, todos los escuerzos y culebrones de aquellas ciénagas (que representan bastante propiamente á los trescientos sesenta mil sofistas de la retórica que padecemos) berreaban á coro que ello estaba muy bien hecho, que chitito, que «aquella dirección *histórica* no estaba marcada por el capricho, sino por la *necesidad*.....»

¡La *necesidad*!, sí!.... Una necesidad estilo germano: próxima pariente de la que invocaba quien dijo: *Not kennt kein Gebot*. (2) Así justificaría Germania, si venciera, el canal de derivación que desvió al pequeño riachuelo belga hacia el gran cauce teutón. El procedimiento es sobradamente conocido y algo antiguo ya: dis-

---

(1) *Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre.*

(A. de Musset: *La coupe et les lèvres*)

Los vascos lo dicen con otras palabras: «Iturri txikiak aundiak bezain egarria kendu.» O sea: «la fuente pequeña apaga la sed tan bien como la grande».

(2) «La necesidad no conoce ley».—Palabras del canciller alemán Von Bethmann-Hollweg, tratando de disculpar la invasión de Bélgica, en los primeros momentos de la guerra europea.



pútase su invención entre Luis XI de Francia y Fernando V el Falsario, llamado «el Católico» por los españoles.

## *XII. Las hormigas dicen: ¡no!*

Los editores del discurso del señor Mella ponen al párrafo siguiente (que es el séptimo) de la peroración de su prohombre este encabezado completamente portugués, tan presuntuoso como huero: «Una lección de filosofía de la Historia». Creería cualquiera que nos hallamos ante un nuevo Bossuet, ó cuando menos ante Newman redivivo. Tranquilicémonos, lector: ni el bueno de Vázquez Mella calza tan alto coturno, ni el parrafillo ese pasa de ser una vulgaridad medianamente aderezada con imágenes de hormigas y de águilas, de árboles y de bosques, que no mejoran en nada la situación en que el orador tradicionalista queda ante la doctrina nacional de los vascos. Si el señor Mella no encuentra algo nuevo que decir contra la nacionalidad vasca, si no consigue dar con argumentos de cierta solidez para rebatir las teorías del Nacionalismo vasco, será bien que no vuelva á hablar para nada de estas doctrinas y de estas teorías, porque corre inminente riesgo de obtener un resultado contraproducente y de sembrar la duda—noble y sana duda en este caso—aun entre sus mismos correligionarios de Euzkadi. Que entre ellos más de uno habrá seguramente que no se pague de fuera palabrería ni de puras afirmaciones, y busque algo que satisfaga á la razón.

Dice así el mencionado párrafo:

### «UNA LECCIÓN DE FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

«Y lo que sucede en las ciencias naturales, se repite en las sociales; la ciencia necesita una doble visión: la visión de las hormigas y la visión de las águilas: la del pormenor y la del conjunto.

Por eso cuando se estudia una institución y su desarrollo en la historia y se la considera aislada, no se la comprende bien. En la Historia hay que estudiar las instituciones por un método de comparación y de eliminación con otras instituciones análogas y coetáneas, porque es necesario sumar semejanzas y restar diferencias, para ver lo vario en lo uno y lo uno en lo vario, que son los factores del orden, la ley que rige á un mismo tiempo los entendimientos y las cosas.

El estudio exclusivo, aislado, de una región ó de una historia, prescindiendo de las demás instituciones regionales é históricas llega á hacer creer en seres sociales de originalidad tan extraña; que apenas están comprendidos en los géneros y las especies conocidos.

Los que aplican este criterio á los pueblos de historia común y general más acentuada como el nuestro, los contemplan como vastas planicies arrugadas en algunos puntos por cordilleras, pero donde solo se levantan, como única vegetación algunos árboles solitarios rodeando á uno más alto, el Estado, que da como el manzanillo, sombra maléfica á los demás. Esa es una visión falsa de la realidad, eso es afirmar el árbol y negar el bosque, sin advertir que el árbol tiene, como los otros, sus raíces en la misma tierra, y



las ramas en la misma atmósfera, y que el bosque regulariza las lluvias, y que los montones de hojas amarillentas que arrancan los vientos otoñales, van formando el *humus* y que los troncos se acercan y las copas se juntan para resistir el ímpetu del huracán; y sin ese bosque, el árbol solitario no saldría de las proporciones del arbusto vacilante ó desmedrado, y alzándose, indefenso, provocaría el hacha del leñador ó atraería la centella del cielo.»

Si hemos de interpretar rectamente este párrafo, habremos de entender que el regionalismo español, con una modestia ejemplarísima, se atribuye la visión del conjunto y del detalle, telescópica y microscópica, cediéndonos á nosotros, pobres nacionalistas vascos, el oficio subalterno de la hormiga, infeliz insecto cuya vista no alcanza más que á su hormiguero y los cuatro ó cinco palmos cuadrados que lo rodean, y que, naturalmente, no puede competir en potencia visual con el águila que en este caso es símbolo de la doctrina regionalista (ó antinacionalista vasca) propagada por el señor Mella.

Admitimos de buena gana la imagen, y la seguimos.

Las hormigas saben de su hormiguero mucho más que las águilas, aunque fueren caudales, de cuanta superficie alcanza su vista. Y las hormigas, á pesar de su insignificancia insectil, discurren y ven que no está en el orden que su hormiguero sea sacrificado en ventaja de ningún nido, sea de águilas, sea simplemente de mochuelos con pretensiones. Por eso las hormigas dicen: ¡no!

Es curioso por demás el consejo que nos dan los regionalistas españoles. Creen que los vascos, hipnotizados en la exclusiva contemplación de nuestro País, hemos llegado á forjarnos una serie de quimeras que no corresponden á realidad alguna, que hemos llegado á adquirir cierta especie de estrabismo intelectual que nos presenta totalmente deformados los objetos de nuestra contemplación: esto es lo que creen, ó dicen que creen, los regionalistas españoles. Y movidos—¡claro está!—por el espíritu de caridad, nos aconsejan los regionalistas españoles que no miremos exclusivamente á nuestra historia, sino que estudiemos la historia de nuestro pueblo y de sus instituciones comparativamente con la historia del pueblo de ellos y de las instituciones de él.

El consejo es enteramente baldío. Si los vascos nos encontráramos en esa extática contemplación de nosotros mismos que supone el señor Mella—quien, por lo visto, nos cree primos hermanos de los fakires budhistas de la India—es bien seguro que no hubiera despertado jamás la conciencia nacional de Euzkadi. La razón es que á toda percepción de diferencias precede necesariamente un trabajo de comparación. Nosotros, en verdad, hemos *comparado*, y no hemos encontrado *analogías*; no hemos visto más que *diferencias*. Y seguimos *comparando*, é invitando á todos los vascos de buena fé á ese trabajo de *comparación*. De ese estudio comparativo ha salido más y más afianzada la convicción



de nuestra personalidad *nacional*. La lingüística *comparada* nos ha dicho que nuestro idioma no es un dialecto latinoide, ni siquiera una de las lenguas del grupo indo-europeo ni del semítico; sino que, lejos y aparte de todos esos idiomas, tiene una vigorosísima é irreductible personalidad. La etnología *comparada* nos ha revelado que no tenemos parentesco racial alguno con los del Sur, ni con los del Norte, ni con los del Este ó del Oeste, sino que constituimos los vascos un «islote étnico», cuyo origen y existencia siguen siendo un misterio y un problema para antropólogos, etnógrafos y lingüistas; pero ese mismo misterio y ese mismo problema, por su grado de irreductibilidad, afirman más y más nuestra personalidad racial. El estudio de las instituciones *comparadas* nos prueba que las nuestras, por su origen y carácter, se distinguen perfectamente de las que los romanos legaron á su antigua colonia hispánica, de las que los godos impusieron á sus siervos los hispano-romanos, de las asambleas episcopales ó de otro carácter que se reunieron en diversas comarcas españolas por necesidades del momento, etc., etc.; también en este punto se afirma decididamente la personalidad *nacional* vasca. El estudio del folklore comparado ha probado muy recientemente que el arte musical vasco, si presenta algun parecido con la música popular bretona, galesa, noruega ó finlandesa (ya dijimos que desde los primeros tiempos de la Edad Media nuestros navegantes vascos han fraternizado con los pueblos del Norte), no tiene en cambio ni un solo punto del más débil contacto con la música española de ninguna de sus regiones.

De ese estudio comparativo sale, firme é inquebrantable, la convicción nuestra: *Nación, Nación vasca*. Y de consiguiente: *Nacionalismo vasco*.

El señor Mella termina este párrafoséptimo de su peroración con unas imágenes de árboles y de bosques, que, como todas las figuras retóricas similares, no prueban nada absolutamente, y son susceptibles de ser retorcidas y revueltas contra la misma teoría que se pretende sustentar con ellas. Podemos repetir aquí la experiencia practicada con la imagen hidrográfica del señor Mella, según lo visto en nuestro párrafo anterior (1).

Y en efecto: supongamos, por un momento, que el señor Mella quisiera sostener la tesis contraria de la que en su discurso sustenta. La misma imagen de árboles y de bosques, convenientemente vuelta del revés, le serviría para sus nuevos fines. En lugar de hablar de los árboles que tienen sus raíces en la misma tierra y sus ramas en la misma atmósfera, podría, con igual ó mayor verdad, afirmar que para la vida lozana y robusta de un árbol es de todo punto necesario que esté separado de los demás, en espacio

---

(1) XI. *La Hidráulica y el regionalismo*.



suficiente, que disponga del necesario terreno para que sus raíces puedan desarrollarse de un modo completo, que dispongan asimismo de suficiente aeración y de propio ambiente para que no le dañen las emanaciones respiratorias de los demás árboles. Y en lugar de temer que la «indefensión» del árbol solitario provocase (¿por qué?... ) «el hacha del leñador» ó atrajese «la centella del cielo», podría entonces, con mayor razón, expresar el temor de que un incendio cualquiera, fortuito ó intencionado, al asolar el bosque entero, hiciera de nuestro árbol una víctima de su excesiva proximidad á los demás. Y así podrían retorcerse todas las demás circunstancias que plugo mentar al señor Mella en sus imágenes de árboles y de bosques. Con lo cual queda probado, lector, que las imágenes del señor Mella no prueban nada.

El «árbol solitario», el bravío roble vasco que tiene sus raíces propias y no quiere entrelazarlas con extrañas raigambres, no provocará «el hacha del leñador» ni «atraerá la cólera celeste» según prevé siniestramente el agorero gallego. De la cólera de Dios, con la que nos amenaza este *sasi*-Isaías de las derechas españolas, procuraremos salvarnos guardando las leyes—divina, natural y positiva—que sirven de fundamento y guía á la vida moral de las naciones; en cuanto al «hacha del leñador» cuenta nuestra es preservarnos de esa contingencia, que en suma se ha realizado ya por un concepto que el señor Mella no quiere suponer.

### *XIII. Prueba que nada prueba*

El señor Mella, para confirmar de alguna manera sus confusas y erróneas teorías sobre la nación, invita á sus oyentes (en los dos párrafos siguientes, rotulados «Cómo se fué formando nuestra nacionalidad» y «Maravillosa síntesis histórica de España») á practicar una prueba experimental, «por eliminación» como él dice, y les habla en estos términos:

#### «CÓMO SE FUÉ FORMANDO NUESTRA NACIONALIDAD

«Yo afirmo el árbol y afirmo el bosque; afirmo la personalidad histórica y jurídica de las regiones; pero creo que todas ellas han contribuido á formar ese todo admirable que se llama España, y que es parte esencial de su substancia y de su vida; y si quereis la prueba experimental, proceded por eliminación, y vereis como basta suprimir la obra común que aportó al conjunto, con su vida, cualquiera de las regiones, para que no exista ni se comprenda la existencia de España.

La Reconquista se ha formado con diferentes manantiales que brotaron un día en la gruta del Auseva, de San Juan de la Peña, de la Burunda y de la Marca hispánica, y todos ellos formaron arroyos, teñidos de sangre, que corrieron por el suelo peninsular, sombreados por cipreses y laureles, anegando las colinas de las Navas, y más tarde, en la vega de Granada, y confundiendo después en el mar, hasta hacer del Océano un espejo en el cual se miraba la grandeza de España»



## «MARAVILLOSA SÍNTESIS HISTÓRICA DE ESPAÑA

«Pues en esa obra, suprimid la gloriosa monarquía asturiana, con sus doce reyes, y no existe el Estado leonés, formado al otro lado de la cordillera, y no existiría tampoco el Estado castellano, y sin los dos, falta la vía central de la Reconquista y queda mutilada España.

Suprimid la Confederación euskara, y sin el P. Urdaneta, sin Legazpi y Sebastián Elcano, no se concibe la conquista de San Francisco, ni sin Francisco Javier la evangelización y el dominio de las Indias; ni sin Ignacio de Loyola la contraprotesta del siglo XVI, y sin Zumarraga y el P. Manchueta y Montoya no se concibe la civilización de América; ni la hora trágica de Trafalgar sin Churrueta, ni las contiendas políticas y religiosas del siglo XIX sin el esfuerzo de ese pueblo.

Sin la región euskara también quedaría mutilada España.

Suprimid á Cataluña y Aragón, que nos han dado el dominio del Mediterráneo, las Baleares y el reino de Nápoles, y sin ellos no se conciben las empresas del Gran Capitán, en Italia, y las luchas que originaron las guerras de los siglos XVII y XVIII; ni sin el Bruch y Gerona, la guerra de la Independencia, y quedaría, asimismo, desgarrada y mutilada la historia de España.

Suprimid la monarquía episcopal compostelana, con Sisenando, que muere en la batalla de Jornillos, para salvarnos de la invasión normanda; con Gelmírez, uno de los más grandes estadistas de la Edad Media, que en el siglo XII forma la escuadra para atacar por el mar á los sarracenos, y que sirve de base á la que un siglo después dirige Bonifaz para la conquista de Sevilla; con Pedro Suarez de Deza, que acaudilla el ejército gallego que rinde á Santander; suprimid Alfonso VII, pupilo del Conde de la Nava y de Gelmírez, conquistador de Almería; y á don Fernando Freire de Andrade, émulo del Gran Capitán, en Italia, y sin los audaces descubridores de América, y sin la gloriosa región agrupada al rededor del sepulcro del apostol Santiago, queda desgarrada España.

Vivimos seis siglos bajo el mando de Roma; tres bajo el caudillaje de los godos, teniendo una historia paralela durante la reconquista, y en los siglos XVI, XVII y XVIII caminamos bajo la dirección de la misma realza y tomamos parte en sus vicisitudes, como ella la tomó en las nuestras.»

En nuestra réplica nos vamos á referir exclusivamente al pueblo vasco que es el que nos interesa; haremos, pues, abstracción completa de la parte que se refiere á los demás pueblos peninsulares, para los cuales podrá ser ó no concluyente el género de argumentación que propone ahí el señor Mella; no nos metamos en ello.

En cuanto al pueblo vasco, todo lo dicho ahí por el señor Mella no prueba absolutamente nada.

Primeramente es de advertir la crasa ignorancia de Historia vasca que revela el señor Mella al hablarnos de una Confederación vasca (que él llama «euskara») que solo ha existido, por desgracia, durante momentos fugacisimos de nuestra historia, pero sin llegar á causar estado, ni á perdurar y trascender como hubiera debido (1). No debe, por lo tanto, atribuirse actuación histórica á la Confederación vasca, y sí á cada uno de los libres Estados en que

---

(1) Si la Confederación vasca se hubiera mantenido, ó mejor aun, una Federación vasca, si todos los Estados de nacionalidad vasca se hubieran agrupado en



la nación vasca ha aparecido casi siempre dividida, división que ha sido seguramente el mayor error político cometido por nuestros ascendientes.

Y dice el señor Mella:

«Sin la región euskara también quedaría mutilada España».

Pero replicamos nosotros; aunque eso fuese verdad (que no lo es), ¿qué es lo que eso probaría? ¿Probaría acaso que Euzkadi no es una nación? ¡No! Probaría, si acaso, que España—sea nación, sea tan solo Estado—es, en el orden de los hechos, «posterior» á Euzkadi (cosa que bien sabemos y estamos cansados de repetir); probaría que, según las ideas del señor Mella, la misma España—sea nación, sea tan solo Estado—es, en el orden de las ideas, un mero *efecto*, del cual es Euzkadi *concausa*. Y si bien es verdad que los efectos dependen de las causas, no hemos visto en ninguna parte (si no es en la lógica especialísima del señor Mella) que las causas estén subordinadas á sus efectos. El señor Mella nos quiere sostener, seriamente, la transcendencia de los efectos con relación á sus causas.

Claro es que el señor Mella nos querrá contestar diciendo que ese efecto actúa *retrosum* como causa sobre las que, según él, le dieron el ser. Pero eso no es más que un postulado que nosotros hemos rechazado ya, fundándonos en razones que nos parecen sólidas y que deben de serlo, por cuanto nadie las ha rebatido hasta ahora.

¿Se ha hecho cargo el señor Mella de lo peligroso que para su misma teoría es este argumento? Creemos que no.

Ahora bien: sepa el señor Mella que hasta el siglo XIX, la Confederación vasca—ó hablando con propiedad, los Estados vascos—no han tomado ninguna parte, *como tales Estados* en la historia de España. Se limitaron á vivir y á defenderse contra los españoles: Bizcaya contra los castellanos, Navarra contra castellanos y aragoneses. El Señor de Bizcaya (tuese ó no rey de Castilla) sacaba tropas de su Señorío, á sueldo, para servirle á él, no á Castilla. Tuvimos luego aventureros á quienes, por desgracia, tentaba el Nuevo Mundo; tuvimos también piadosos varones llamados por

---

apretado haz en torno de la monarquía navarra, que era el más viable de todos ellos... no estaríamos á estas horas discutiendo de Nacionalismo vasco con un orador gallego, ni veríamos á nuestros pobres compatriotas volver con desprecio las espaldas á su verdadera Patria y correr en pos de esos fuegos fátuos que los españoles han tenido el arte de bautizar con los más sonoros nombres: «Tradición y Legitimidad» por una banda; «Liberalismo. Progreso y Democracia» por la otra.



Dios á evangelizar las tierras descubiertas (1). Pero nuestros Estados no tomaron ninguna parte en las expediciones de Colón ni en las depredaciones subsiguientes.

Y esto de las «glorias históricas»—sobre todo cuando no son verdaderas glorias «nacionales», sino hechos de índoles diversas que los estadistas y políticos y los tratadistas oficiales consagran como «gloriosos»—es concepto tan elástico y relativo, tan sujeto á mudanzas de apreciación y á cambios de punto de vista, que bien sabe el señor Mella (y toda persona de criterio) que lo que hoy se reputa «delito» se estimará acaso mañana como hecho glorioso, y viceversa. Sirva esta observación—cuya exactitud comprobamos todos los días—para saludable advertencia de quienes intentan tomar como base del sentimiento nacional y patriótico una cosa tan endeble y quebradiza como las expresadas «glorias históricas» oficiales.

No cerraremos este párrafo sin protestar debidamente contra las afirmaciones contenidas al final del párrafo del discurso del señor Mella, en el supuesto en que el orador gallego haya intentado extenderlas á la nación vasca. Dichas afirmaciones son éstas:

«Vivimos seis siglos bajo el mando de Roma...»

Los compatriotas del señor Mella, sí, Nosotros los vascos, no: ni seis siglos, ni cinco, ni cuatro, ni tres, ni dos, ni uno solo. Ni debemos ni queremos deber nada á los latinos, ni en nuestro idioma, ni en nuestras leyes é instituciones, ni en ninguna de las características de nuestra nacionalidad. Quiso Dios que un puñado de tribus vascas resistiera al imperialismo romano; de suerte que habiendo muerto há ya mil años la lengua «universal» que los latinos imponían á todos sus sometidos, aun hoy perdure, y perdure renaciendo y cultivándose y no dejándose asesinar, el arcáico y noble idioma que aquellas valientes tribus hablaban al luchar contra las águilas del Tíber. Roma cayó; pero los vascos siguen en

---

(1) Es notable esta afirmación del señor Mella:

«...ni sin Francisco Javier (*se concibe*) la evangelización y el dominio de las Indias.» ¡Así se escribe la historia!...

El señor Mella ignora por lo visto, estas cosas:

1.º Que San Francisco Javier (cuyos apellidos eran «Yatsu de Laskorri y Azpilkueta») no tuvo nada de español, ni por la raza y nacionalidad, ni por las aficiones de su familia (su padre y hermanos mayores se batieron valientemente contra los españoles, en defensa de Nabarra, y tuvieron que emigrar: el castillo de Jabier fué destruido por orden del Cardenal Cisneros; el santo se educó en Francia y no pisó tierra española mas que de paso para Lisboa.)

2.º Que el santo jamás evangelizó las Indias españolas (que ni pisó siquiera) sino las portuguesas y el Japón.

3.º Que, de consiguiente, nuestro santo (¡y cuán verdaderamente «nuestro»!...) no tuvo arte ni parte ninguna en la dominación española de América. Ni creemos que jamás envidiase tal parte de «gloria».



pié, mirando con el merecido desprecio á los hijos de los siervos de ayer, apenas manumitidos, que osan venir á hablarnos, á nosotros los vascos, de libertad y de tradición.

Y sigue hablando el señor Mella:

«(Vivimos) tres (siglos) bajo el caudillaje de los godos...»

Los vascos, nó. Jamás la dominación toledana ni el caudillaje de los godos consiguieron establecerse sobre los vascos, á pesar de los esfuerzos de todos los Chindasvintos y los Wambas. Sus mismas crónicas dan fé de la indomable resistencia de los vascos. No se nos hable á nosotros de Concilios toledanos ni de legislaciones visigóticas: á otra parte con esas evocaciones. Tanto valdría hablarnos de los Wikings escandinavos, de los incas del Perú ó de Timur el cojo. Nosotros tuvimos nuestros reyes vascones, nuestros *Jaunes* bizkainos, nuestros *Batzarres* legisladores, nuestros hechos de armas, nuestras guerras nacionales, nuestros marinos y navegantes, nuestras revueltas interiores, y todo lo que, en fortuna y en desgracia, constituye la historia propia de una nación. Y no necesitamos ningún contingente de glorias prestadas. (1)

## CONCLUSIÓN

Queremos terminar ya, lector, estas cuartillas. Podríamos aun referirnos á dos ó tres párrafos del discurso del señor Mella; pero como no contienen cosa distinta de la que ya hemos analizado, y se reducen á nuevas variaciones sobre el tema regionalista que en lo referente á la nacionalidad vasca hemos rebatido ya sustancialmente, nos abstenemos de nuevos é innecesarios comentarios que no habían de añadir nada importante á lo que llevamos dicho.

Sirvan estas últimas líneas para suplicar al lector vasco que fije su detenida atención en este problema tan hondo, tan grave, tan trascendental del País Vasco, de su conservación y defensa, de

---

(1) ¿Ignora el señor Mella que durante los siglos XIV y XV Gipuzkoa y Bizkaya sostuvieron guerras navales con Inglaterra y celebraron tratados con esta potencia, la cual tuvo siempre buen cuidado de reconocer plena personalidad internacional á aquellos Estados Vascos? En esas guerras y en esos tratados, no tuvo intervención ninguna Castilla, ni la tuvo su rey, á pesar de ser á la vez (aunque bien separadamente, como se ve) Señor de Bizkaya y Rey de Gipuzkoa. Eran los *Batzarres* ó Juntas soberanas de estos Estados Vascos quienes, sin ninguna ingerencia extraña, declaraban la guerra ó examinaban, discutían y aprobaban las condiciones de la paz. Estos tratados se firmaron en los años 1303 (entre Inglaterra de una parte, y Gipuzkoa y Bizkaya de otra) 1309, 1344, 1350, etc. ¡Los vascos tenemos historia nacional é internacional señor Mella! Poco importa que los tratadistas oficiales traten de anularnosla: los hechos no se destruyen, y revive su memoria.

su vida ó muerte. El problema existe; todos los vascos se dan mayor ó menor cuenta de él, y á menos que estén completamente degenerados, tratan de alguna manera de dar con una solución. Hay un grupo de vascos que presenta la solución «nacionalista» de este problema. Que todos los compatriotas estudien desapasionadamente esta solución; que estudien las doctrinas del Nacionalismo Vasco y examinen sus prácticas así políticas como sociales; que vean si esas doctrinas y esas prácticas satisfacen ó no á los mandatos de la religión, de la razón y del vasquismo; que comparen la actuación individual y colectiva del Nacionalismo con la de las demás tendencias que existen en Euzkadi, y puesto que por los frutos ha de conocerse el árbol, la fuerza de la lógica les llevará á reconocer que el Partido nacionalista no es solamente un partido vasco como cualquier otro, sino «el único partido vasco posible»; que la doctrina nacionalista no es solamente una de las doctrinas que el vasco puede seguir sin desdoro de su raza, sino «la única doctrina social-política» que debe abrazar el vasco, si ha de ser fiel seguidor del espíritu de su raza.

Los momentos presentes son de una crisis mundial como jamás se conoció otra, por lo menos en el terreno político; esa crisis trasciende también, con todas sus derivaciones, al País Vasco; es posible que se plantee, con una urgencia sin precedentes, la cuestión de la vida ó de la muerte de este querido País nuestro. Que ese momento, si llega, nos encuentre á todos los vascos unidos estrechamente para la defensa de nuestra vieja é inconfundible nacionalidad, de esta Patria en la que plugo á Dios que naciéramos y que nos manda El que defendamos hasta el último trance. Y en todos los casos, sea cual fuere el curso de los sucesos, unámonos todos los vascos fraternalmente bajo la bandera nacionalista, en la que está inscrito ese lema que condensa todas nuestras aspiraciones:

JAUN-GOIKOA ETA LEGE-ZARRA  
DIOS Y LEY VIEJA.

Un grupo de nacionalistas de Nabarra

Junio de 1916.



## NOTA

---

Esta réplica al discurso de D. Juan Vázquez de Mella, fué preparada en el mes de Junio último, aplazándose su publicación hasta el día de hoy, á fin de que coincidiese su aparición con la Asamblea regionalista, mauro-carlista, de Asturias cuya celebración se anunció para el mes actual.

Hemos entendido los nabarros que estábamos más obligados que los demás nacionalistas vascos á rebatir el discurso de Mella; porque este ha ostentado en las Cortes españolas la representación de los distritos nabarros de Lizarra y Aoiz y de la Circunscripción de Iruña y siendo todavía diputado por esta última pronunció el discurso al que contestamos.

Los carlistas nabarros sacaron á Mella de la obscuridad de una redacción de periódico y le hicieron prohombre llevándole reiteradamente al Congreso español. La renuncia que en Julio último hizo del acta de Iruña, al optar por la de Oviedo, en la primera ocasión que se le ofreció de ser diputado por votos no nabarros, demuestra, con la elocuencia aplastante de los hechos, hasta dónde llega la gratitud y corrección del orador gallego. Si en la próxima contienda electoral carece, como es lo probable, de distrito seguro fuera de Nabarra, cometerá el incalificable rebajamiento de volver á solicitar los votos nabarros que despreció al optar por el acta de Oviedo. Es decir que para Mella Nabarra es la cenicienta obligada á sacrificarse siempre; sin que á él le ligue deber alguno, ni aun de cortesía.

¿Cuándo se convencerán de esto nuestros compatriotas los carlistas nabarros?

Iruña 1.º Octubre de 1916,

